

Santo (Sanctus)

Por Wilson Cobaleda Cárdenas, Pbro.

1. **SANTO**
 - 1.1 **Ubicación**
 - 1.2 **A lo largo de la historia**
 - 1.3 **El Santo según la IGMR**
 - 1.4 **Actores del Santo**
 - 1.5 **El Santo hoy**
 - 1.6 **Aspectos para tener en cuenta a la hora de elegir este canto**
 2. **CONCLUSIONES**
 3. **BIBLIOGRAFIA**
-

1. SANTO

1.1 Ubicación

El número 79 de la Instrucción General del Misal Romano (IGMR) indica que el *Santo* hace parte de la Plegaria eucarística; es una aclamación que debe ser proclamada por todo el pueblo con el sacerdote.¹

Con el prefacio, el sacerdote en nombre del pueblo de Dios glorifica al Padre por la obra de la salvación y las maravillas que sigue realizando. Esta acción de gracias nos une a los ángeles para alabar a Dios por medio de la aclamación *Sanctus*. Terminado el canto sigue la epiclesis a través de la cual la Iglesia pide la fuerza del Espíritu Santo para que el pan y el vino se conviertan en el Cuerpo y la Sangre del Señor. El *Sanctus* se dice siempre en la celebración eucarística.

Con esta breve ubicación de la aclamación es preciso ahora aclarar su significado.

¹ La IGMR a la cual nos referimos, forma parte de la tercera edición típica latina del Misal Romano, del año 2002.

1.2 A lo largo de la historia

El canto *Sanctus* está inspirado en el pasaje de Isaías 6,1-4: «... vi [Isaías] al Señor sentado en un trono alto y excelsa. De pie, junto a él, había unos seres de fuego con seis alas cada uno; con dos se cubrían el rostro, con dos cubrían su desnudez y con dos aleteaban. Y se gritaban el uno al otro: «Santo, santo, santo es el Señor todopoderoso, toda la tierra está llena de su gloria»». Este pasaje bíblico junto a Apocalipsis 4,2-8, evoca la imagen de Dios sentado en su trono, rodeado de la incesante liturgia celestial que aclama su santidad².

El *Sanctus* tiene su origen en la tradición judía de la sinagoga, concretamente en la oración de la mañana (*Keduscha*) que rezaba este trisagio. La Iglesia primitiva lo vincularía en su oración matutina como himno dirigido a Dios todopoderoso. Basurko afirma que hay razones para pensar que en la Iglesia antigua el *Sanctus* se llegó a entender algunas veces como himno dirigido a Cristo. Antonio Alcalde compartiendo esta misma opinión escribe: «De origen oriental, parece datar de fines del siglo II, pero antes de ser aceptado por la liturgia estaba muy en uso en la piedad privada, como himno en honor a Cristo»³.

Los Padres de la Iglesia pensaban que era lícito para los cristianos unirse al coro de los ángeles que alaban al Señor en el cielo, a partir de la obra redentora realizada en Cristo. Así pues, a finales del siglo I el *Sanctus* hacía parte del conjunto de oraciones de la comunidad cristiana de Roma, dado que san Clemente (+97) en carta dirigida a los Corintios, hace mención de esta aclamación y le coloca por introducción el pasaje de Daniel 7,10. En el eucologio judío también se encuentra esta relación⁴. Tertuliano (160-220) daba por hecho el uso de este canto en unión con los coros angélicos, comprendiéndolo como anticipo del oficio de nuestra gloria en el cielo. Sin embargo, en la *anáfora de san Hipólito* de Roma (215) aún no se encuentra el *Sanctus* en la liturgia de la misa.

La vinculación del *Sanctus* al rito de la misa fue posterior. En Oriente se introdujo primero. Testigos de ello son la *anáfora de Serapión* (350), las catequesis de san Cirilo de Jerusalén y de san Juan Crisóstomo de Antioquía, y el libro VIII de las *Constituciones apostólicas* (380)⁵. En este último y en la *anáfora de Santiago*⁶, el

² Cf. X. BASURKO, *Historia de la Liturgia*, Biblioteca litúrgica, Barcelona 2006, 168.

³ A. ALCALDE, *El Canto de la Misa*, Sal Terrae, Santander 2002, 64.

⁴ Respecto a la asociación del pasaje de Dan.7,10 e Is.6,3 muy posiblemente se originó en el ambiente judío, concretamente en la oración de la mañana, aunque no se tenga certeza de la fecha en la cual se introdujo.

⁵ En este libro el *Benedictus* se recitaba en el momento de la comunión.

Sanctus cerraba las oraciones de acción de gracias a Dios por la creación y las perfecciones divinas⁷. La anáfora de Santiago propiamente evocaba la obra de la creación, los ángeles y los serafines, con el *Sanctus*. A Occidente esta aclamación llegó alrededor del año 400 y formó parte de la misa. Hacia el año 450 su uso era ya común en la liturgia. Es posible que al comienzo el *Sanctus* estuviese reservado para las misas con presencia numerosa de fieles⁸.

En los primeros siglos el *Sanctus* se cantaba en el mismo tono del prefacio, por lo que se entendía como continuación de aquél. Era casi un recitado, muy seguramente adaptado al estilo de la sinagoga judía. A propósito del modo de cantarlo, Jungmann afirma: «La melodía coral más antigua del *Sanctus* es la que utilizamos hoy en la misa de *Requiem*. Es una mera prolongación de la melodía del Prefacio, y consta adrede de unas pocas notas, al objeto de que cualquiera pueda cantarla sin dificultad»⁹. Sin embargo, el *Sanctus* al comprenderse paulatinamente como himno por medio del cual la Iglesia peregrina se unía a la alabanza celeste en honor del Señor, adquirió un carácter distinto e independiente del prefacio, sin perder su relación con él.

El pasaje de Isaías escribe «Santo, santo, santo» tres veces, aunque no tuviera plena referencia a las Personas de la Trinidad. Sin embargo, eso mismo deja ver lo importante de esta aclamación en la visión del profeta. En la Vulgata este pasaje dice así: *Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus exercituum, plena est omnis terra gloria eius*. A propósito de ello Jungmann afirma: «La palabra *Deus* que en él encontramos está intercalada; y por cierto no sólo en la Vulgata, sino aún en la antigua versión latina. El texto litúrgico deja la expresión *Sabaoth* sin traducir. Dios es el Señor de los “ejércitos”, de las “multitudes”. Esta palabra no se refiere únicamente a las multitudes de ángeles, sino a todo el ejército de los seres que Dios creó en la obra de los seis días (Gen 2,1). Con esta interpretación armoniza también la frase siguiente, en la que el canto de los ángeles afirma que la gloria de Dios llena toda la tierra. El texto litúrgico dio a este pasaje la forma de un apóstrofe: *gloria “tua”*, reforzando con ello su carácter

⁶ Esta anáfora (manera como los orientales llaman a la plegaria eucarística) tiene su origen en la liturgia judeo-cristiana del Cenáculo, en Jerusalén, durante el siglo III, la cual rápidamente pasó a las comunidades cristianas de Antioquía.

⁷ Cf. A.G. MARTIMORT, *La Iglesia en oración*, Herder, Barcelona 1964, 425-427.

⁸ Cf. *La liturgia, eucaristia: teología e storia della celebrazione*, ed. S.Marsili et alii (Anámnesis 3/2), Marietti, Casale Monferrato 1983, 238.

⁹ J.A. JUNGSMANN, *Breve historia de la misa*, Phase 157, Barcelona 2006, 55.

oracional»¹⁰. En la Edad Media muchos comentaristas le daban al *Sanctus* interpretación trinitaria, al tiempo que en *Dominus-Deus* comprendían su unidad divina. Esta concepción introdujo posteriormente los *tropos* al *Sanctus*, que luego desaparecieron.

Otro aspecto interesante es que a esta aclamación, y sólo en la liturgia cristiana, se vinculó “*caeli et*” unida a “*terra*”, para expresar la universalidad en la alabanza a Dios, más allá de los serafines y del templo de Jerusalén, más allá de la concepción judía de aquel tiempo al pensar que la majestuosidad de Dios se hallaba sólo en el templo y en un pueblo. El centro de la glorificación entonces está en el cielo, que con la tierra están llenos de la gloria divina.

Otra novedad en torno al *Sanctus* en Occidente fue la unión del versículo *Benedictus* (“Bendito aquél que viene en nombre del Señor”), lo mismo que la aclamación “Hosanna en el cielo” (salmo 117,25-26; Mt.21,9) que hace referencia a la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén. San Cesáreo de Arlés en el Sermón 73 relata esta unión dentro de la misa galicana (año 540), en la que el *Sanctus* era entonado por todo el pueblo. De ello también nos dan razón los manuscritos del canon romano del siglo VII. Esta unión dio al *Sanctus* un carácter mesiánico: por la venida de Cristo en la carne, por su entrada como rey a Jerusalén, y como esperanza en su venida al final de los tiempos. A propósito de ello, Jungmann dice: «...lo cierto es que en la unión de los dos cantos influyó decisivamente el pensamiento de que la majestad del Señor, de la que están llenos el cielo y la tierra, no apareció sobre la tierra en su esplendor perfecto antes de venir a nosotros el Hijo en la encarnación. Por eso resonó ya en Belén el cántico de gloria de los ángeles y por la misma razón las muchedumbres de Jerusalén le ensalzaban, con las palabras del salmo, como «el que viene en nombre del Señor»»¹¹. La unión del *Sanctus* y el *Benedictus* se convirtió en un único canto con dos momentos: primero se alababa a Dios uno y trino, y luego, al Padre por su Hijo Jesucristo quien vino en su nombre¹². Esta unión entonces no fue un simple añadido. Kunzler sostiene: «La idea de que la gloria de Dios llena el cielo y la tierra, encuentra su concreción cristiana en el hecho de que por primera vez mediante la venida de Cristo la gloria de Dios llena la realidad creada de forma insuperable»¹³. Oriente introducirá en su liturgia el *Benedictus* a partir del siglo VIII.

¹⁰ J. JUNGSMANN, *El sacrificio de la misa*, BAC, Madrid 1951, 786-787.

¹¹ JUNGSMANN, *El sacrificio de la misa*, 789.

¹² Cf. D. BOROBIO, *La celebración en la Iglesia II. Sacramentos*, Sígueme, Salamanca 1994, 316-319.

¹³ M. KUNZLER, *La liturgia de la Iglesia*, EDICEP, X, Valencia 1999, 356.

Según el *Liber Pontificalis* (530) en tiempos del Papa Sixto, el *Sanctus* lo entonaba el celebrante y la asamblea reunida, por lo que era propiamente un canto de todo el pueblo en la eucaristía. El primer *Ordo Romanus* (siglo VII) menciona las disposiciones y rúbricas de la misa romana, papal y pascual, en el que la *Sanctus* se decía al terminar el prefacio. Sin embargo, este canto comenzó a ser más del clero que del pueblo. Carlomagno exigía que el *Sanctus* fuese cantado por el sacerdote y el pueblo a una sola voz, según se lee en la *Admonitio generalis* (789). Herardo, obispo de Tours (858) recomendaba a los sacerdotes no iniciar las oraciones secretas antes de haber cantado y terminado con el pueblo el *Sanctus*. Hacia el siglo XII el *Sanctus* era un canto común, del sacerdote y el pueblo, según consta en los escritos de Hildeberto y Honorio. Pero el clero que participaba en el coro tendía como antes a apoderarse del canto, por lo que el pueblo intervino cada vez menos. La melodía gozaba de sencillez, tanto, que por momentos no se mencionaba como canto. Con el florecimiento de la *schola cantorum* que se encargó del *Sanctus* surgieron grandes melodías para esta aclamación. Al respecto Righetti afirma: «Pero cuando la *schola cantorum* se apropió de los cantos ejecutados hasta entonces por el pueblo, esta melodía [Sanctus], de hechura simplicísima, apareció demasiado pobre. Por eso fue restringida a las misas feriales y a las de los difuntos»¹⁴. Posteriormente, el *Sanctus* fue acompañado por una gran variedad de instrumentos musicales, para hacer más alegre la alabanza a Dios, conforme lo exigía la letra misma de la aclamación. En tiempos del obispo Durando (+ 1296), según lo atestigua su manual litúrgico, sólo se menciona el acompañamiento instrumental del órgano en el canto del *Sanctus*. Jungmann agrega: «Su función en el *Sanctus* debió de ser algo más que acompañar sencillamente el canto. Fue instrumento para dar expresión alborozada a la alegría, como se valían en el Antiguo Testamento de los múltiples instrumentos de que hablan los salmos»¹⁵.

Durante la Edad Media el *Sanctus* gozó de gran popularidad. Cuando al *Sanctus* se vinculó la música polifónica de los siglos XV y XVI, hizo que este canto se extendiese dentro la celebración eucarística, por lo que se cantaba la aclamación *Sanctus* antes de la consagración y el *Benedictus* después, convirtiéndose este último en canto de recogimiento y de adoración eucarística. Sin embargo, a mediados del siglo XVI se recuperó el *Sanctus* y enseguida el *Benedictus* como aclamaciones que debían ser entonadas una después de la otra. A mediados del siglo XX el *Sanctus* era rezado por el celebrante con el cuerpo inclinado en signo de reverencia, mientras el acólito tocaba tres veces la campanilla; y al llegar al *Benedictus* se enderezaba y se

¹⁴ M.RIGHETTI, *Historia de la Liturgia II*, BAC, Madrid 1956, 326.

¹⁵ JUNGSMANN, *El sacrificio de la misa*, 783.

santiguaba. Estas disposiciones ya se advertían en el primer *Ordo Romanus*¹⁶, y se concretaron mucho más en la reforma de Pío V¹⁷. Este es el texto que en latín leemos en el misal romano antes de la reforma del Vaticano II:

*Sanctus, Sanctus, Sanctus Dóminus Deus Sábaoth.
Pleni sunt caeli et terra glória tua. Hosánna in excélsis.
Benedíctus qui venit in nómine Dómini.
Hosánna in excélsis.*

Este texto dice *Deus Sábaoth* que se traduce como *Dios de los ejércitos*, haciendo referencia a los tiempos de Israel cuando Dios marchaba delante del pueblo y vencía a los cananeos. Hoy esta expresión ha de interpretarse desde una perspectiva más amplia, según nos lo dice Alcalde: «Más que a ejércitos terrenales, hace referencia a los ejércitos celestiales; los ángeles son los soldados del Altísimo (1 Re 22,19), las estrellas y los astros forman parte de los ejércitos celestiales (Jc 5, 20) »¹⁸. Así mismo, al hablar del *Hosánna in excélsis*, escribe: «El «Hosanna en el cielo», estribillo que concatena el *Santo* y el *Bendito*, tiene que ser destacadamente festivo y gozoso, jubiloso y viril, pleno de ritmo y expresión; así nos evocará los hosannas entusiastas de la entrada de Jesús en Jerusalén»¹⁹. Con el Hosanna entendemos que Dios en persona recibe la aclamación del pueblo que celebra la eucaristía.

Realizada la reforma litúrgica, en el *Ordinario de la Misa* del Misal de Pablo VI leemos que el *Santo* se canta o se recita en voz alta al final del prefacio. Su texto prácticamente es el mismo:

*Santo, Santo, Santo es el Señor,
Dios del Universo.
Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria.
Hosanna en el cielo.
Bendito el que viene en nombre del Señor.
Hosanna en el cielo.*

¹⁶ Cf. T. BAUMANN, S. J., *La misa romana*, El mensajero del corazón de Jesús, Bilbao 1954, 240.

¹⁷ Cf. Cf. Ed. equipo de Lasalianos. [*Explicación de la santa misa*, Madrid 1959.], IX, p.4-5.

¹⁸ ALCALDE, *El Canto de la Misa*, 66.

¹⁹ *Ibid*, 69-70.

La expresión *Dios del Universo*, es la más acertada, por lo que todo se concentra y halla su sentido pleno en Dios: Él es el Señor, el soberano de todo, y con la creación entera le rendimos alabanza. Así mismo, la *gloria de Dios* colma el cielo y la tierra, y su presencia hace que la humanidad grite su alabanza al cielo. La gloria que se proclama se ha revelado de modo especial en el Hijo quien vino al mundo, y se manifestará a plenitud en su segunda venida, donde cantaremos de nuevo “hosanna en el cielo”. Los prefacios, especialmente aquellos propuestos para el tiempo de Adviento, hacen énfasis en esta segunda venida del Señor.

El Graduale Romanum y el Graduale Simplex, en la parte titulada KYRIALE, nos presentan varias alternativas para cantar el *Sanctus* de la misa. Se puede usar otra melodía, siempre y cuando respete el texto de la aclamación y su música esté en plena conformidad con aquello que se quiere expresar.

1.3 El Santo según la IGMR

El número 79 de la Instrucción General del Misal Romano (IGMR), señala los principales elementos que conforman la Plegaria eucarística, a saber: a) acción de gracias, b) aclamación, c) epíclesis, d) relato de la institución y consagración, e) anamnesis, f) oblación, g) intercesiones, y h) doxología final. En cuanto a la aclamación dice:

b) Aclamación: toda la asamblea, uniéndose a las jerarquías celestiales, canta el Santo. Esta aclamación, que constituye una parte de la Plegaria eucarística, la proclama todo el pueblo con el sacerdote.

Sentido de este número:

- Ante todo el número 79 identifica el *Santo* con el carácter de “aclamación”. La aclamación es una intervención por lo general breve, proclamada al unísono por la asamblea, llena de entusiasmo y de gozo, y puesta dentro de la liturgia en un momento estratégico para que la comunidad se adhiera al rito que se celebra. Por ella, la asamblea llena de emotividad, proclama su participación y aprobación en la acción litúrgica. Esta aclamación va más allá de decir unas palabras.

- La aclamación ayuda a la participación activa de los fieles dentro de la eucaristía, según el espíritu de la renovación litúrgica²⁰. Incluso el n.37 de la Instrucción dice que el *Santo* por sí mismo tiene valor de rito o de acto.

- Entre de las aclamaciones propias de la misa, el *Santo* es una de las más importantes. Con el prefacio el pueblo da gracias a Dios por su obra salvífica. A su vez, este reconocimiento de la bondad de Dios le lleva a proclamar con gozo la

²⁰ Cf. SC 30; IGMR 34.35.

santidad de Dios, inspirado en el pasaje del profeta Isaías 6,1-4: «... ví [Isaías] al Señor sentado en un trono alto y excelso. De pie, junto a él, había unos seres de fuego con seis alas cada uno; con dos se cubrían el rostro, con dos cubrían su desnudez y con dos aleteaban. Y se gritaban el uno al otro: «Santo, santo, santo es el Señor todopoderoso, toda la tierra está llena de su gloria». Los marcos de las puertas temblaban a su voz, y el templo estaba lleno de humo».

- El canto *Santo* no es un acto individual o referido únicamente a las personas que en ese momento celebran la eucaristía. Es participación en la alabanza perpetua que en el cielo se le brinda a Dios.

- Es canto de toda la asamblea que representa a la Iglesia Universal peregrina aún en la tierra, quien en unión con “*las jerarquías celestiales*” (los ángeles y arcángeles, los coros celestiales y los santos), entona el himno de su gloria (de Dios). Es la alabanza por medio de la cual los cielos y la tierra proclaman sin cesar que Dios es Santo.

- Al cantar el *Santo* los fieles se unen al himno perpetuo que en el cielo se canta a Dios. Es la Iglesia entera, la terrestre y la celeste, la que va hacia Dios y goza ya de su presencia, que a una sola voz proclama que Él es Santo. La aclamación, por lo tanto, es participación en este mundo y en el cielo de la alabanza que esperamos dirigir en la eternidad a Dios Omnipotente.

- El numeral deja en claro que el *Santo* hace parte de la Plegaria eucarística, la cual es centro y cumbre de toda la celebración según nos lo dice el número 78 de esta Instrucción.

- Esta parte de la Plegaria eucarística termina diciendo quiénes proclaman el Santo dentro de la celebración de la misa.

1.4 Actores del Santo

El numeral 79 de la IGMR, menciona quiénes cantan esta aclamación en la misa:

- **El sacerdote**, en cuanto que él representa a Cristo quien preside, y conduce a la comunidad a rendirle culto a Dios.
- **El pueblo**, la Iglesia que camina de la mano de sus ministros para proclamar con ellos que Dios es Santo.
- Es claro que el Santo no puede convertirse en canto de unos pocos, ni del coro, ni del sacerdote, ni del cantor solamente. Es canto de toda la Iglesia reunida que se asocia a la Iglesia celeste para entonar el himno de alabanza. Es canto de toda la creación.

- Tanto el sacerdote como el pueblo mientras proclaman el Santo, deben reflejar ese gozo que se vive al cantar la santidad de Dios, así como lo viven las jerarquías celestiales.

1.5 El Santo hoy

Para entender el significado de la aclamación *Santo* es preciso comprender su sentido en toda la plegaria eucarística:

El prefacio y el *Santo* están íntimamente unidos. El prefacio es la acción de gracias a Dios por su obra salvífica en favor de la humanidad; y esta gratitud lleva a la asamblea a proclamar el *Santo*, aclamación con la cual el cielo y la tierra al unísono glorifican a Dios. Antonio Alcalde dice que el *Santo* es la «liturgia de la tierra integrada en la liturgia del cielo. Cada celebración participa en la liturgia eterna de la Jerusalén celeste. En el canto del Santo de la más humilde de las misas de nuestras parroquias, es toda la gloria del cielo la que misteriosamente hace irrupción en la tierra»²¹. La acción de gracias (prefacio) nos lleva a decirle gozosamente a Dios que Él es Santo; y a su vez la aclamación trae a la memoria el motivo de esa alegría: su obra salvadora en favor de los hombres. Sigue inmediatamente al *Santo* la invocación del Espíritu para que el sacrificio redentor celebrado en la cruz del calvario se actualice en la mesa del altar, bajo las especies del pan y del vino, en las que Cristo se hace presente; y con Él nos hacemos verdadera ofrenda al Padre. Acción de gracias, alabanza y ofrecimiento se integran en la Plegaria eucarística para hacer de ella la oración más perfecta que los cristianos celebran.

Con el *Santo* la Iglesia debe tomar mayor conciencia de que el culto que celebra supera la propia realidad terrena y espacial, para unirse a la liturgia celeste de los ángeles, y ser con ellos una sola voz que alaba a Dios y le glorifica. Por eso, la música y el canto vienen a ser un canal ideal para expresar más perfectamente el *Santo*. Alcalde afirma: «Es un canto colectivo de toda la asamblea, que requiere una música llena y fuerte. Es un canto de la comunidad; el más admirable canto de unidad que conoce la liturgia eucarística: unidad de los mismos ángeles, unidad en el gozo común, unidad del cielo y la tierra, unidad de los hombres entre sí cantando a una sola voz, unidad de los ángeles y de los hombres que mezclan sus voces, asociándose a los ángeles, cantando sin cesar. Por tanto, al elegir un Santo hay que optar por aquella melodía que tenga fuerza y garra. La asamblea se tiene que sentir cómoda y gozosa al cantar, y sentirse la intérprete fundamental, aunque alterne

²¹ ALCALDE, *El Canto de la Misa*, 66.

con el coro. [...] ningún canto celebra más la gloria y la majestad de Dios que el Santo»²².

José Aldazabal, tomando como modelo la Plegaria eucarística IV, afirma que la alabanza se prolonga después del *Santo* por las palabras que le siguen. Escribe: «La lógica es clara: ya que Dios es santo, y ha actuado salvíficamente, se le pide que “santifique” también nuestra ofrenda. [...]. En la Plegaria IV se ve la dinámica de esta prolongación: después de resumir el prefacio (“eres grande... hiciste todas las cosas...”), se desarrollan las diversas etapas de la historia: la creación del hombre, su caída, la providencia de Dios, la preparación del pueblo de Israel (la alianza, los profetas) y, sobre todo, la plenitud de Cristo (encarnación, muerte y resurrección) para acabar con el envío del Espíritu con su misión completa»²³.

En síntesis, el *Santo* es uno de los cantos más importantes del Ordinario de la Misa. Su lugar dentro de la Plegaria eucarística manifiesta el corazón agradecido del pueblo fiel que, maravillado por la obra realizada por Dios en bien de la humanidad, le alaba con el canto, y así durante toda la Plegaria, para proclamar al final con tono solemne la doxología, por la que se expresa la glorificación de Dios.

Por lo dicho hasta ahora, podemos decir que muchas veces el modo como proclamamos el Santo está muy lejos de lo que verdaderamente significa y según la liturgia nos lo quiere revelar. Fácilmente se cae en la tentación de reemplazar la letra de este himno por otra, por el simple hecho de decir “Santo” o por tener un ritmo festivo y llamativo. Incluso, algunos cantos usados en reemplazo del texto original del Santo omiten el *Benedictus*.

1.6 Aspectos para tener en cuenta a la hora de elegir este canto

- El primer aspecto nos lo dice Alcalde: «Siendo el Santo un himno o cántico conviene a su propia naturaleza que se haga cantado, por lo cual es preferible cantarlo siempre que sea posible; más aún, si algo se canta en la Misa, el primer canto en orden de preferencia ha de ser el Santo; pero ha de hacerse con la misma letra que figura en el Misal. No están

²² *Ibid*, 70.

²³ J. ALDAZABAL, *La Eucaristía*, CPL, Barcelona 2006, 240.

permitidas de ninguna manera las adaptaciones del texto o paráfrasis al mismo»²⁴.

- El tipo de asamblea que se reunirá para la misa debe ser también punto de referencia para pensar cual *Santo* interpretar.
- Se debe procurar ante todo que la asamblea lo sepa para que lo cante. Si no es así, se debe ensayar con ella unos minutos antes de iniciar la celebración.
- Al conservar el texto del *Santo* la asamblea lo recordará sin dificultad y sólo tendrá que aprender su melodía, la cual debe ser asequible a todos. Esto último no significa falta de belleza musical en el canto.
- Es importante mantener el ritmo de la Plegaria eucarística, entre el prefacio y el *Santo*. Por ejemplo, hay que evitar un silencio o pausa desproporcionada entre la conclusión del prefacio y el inicio de la aclamación.
- Un *Santo* adecuado y bien interpretado dispone perfectamente a la asamblea, para continuar la plegaria con la invocación del Espíritu Santo. Lo contrario creará distracción.
- El misal reza que si no se canta el *Santo*, se recita. Sin embargo, esto último debiera ocurrir sólo por causa mayor, ya que el carácter de himno y lo que él mismo significa dentro de la plegaria eucarística nos sugiere cantarlo. Además, si el prefacio que se utilizará ese día en la misa termina diciendo «*cantamos el himno de tu gloria*», sería ilógico que luego el himno simplemente se rezara.

2. CONCLUSIONES

El canto *Sanctus* tiene su origen en la sinagoga judía, concretamente en la oración de la mañana. Está inspirado en la visión que tuvo el profeta Isaías (6,3) y en el salmo 117, 25-26 que hace parte del Hallel y que muy seguramente Jesucristo proclamó en la cena pascual. En Oriente los cristianos lo introdujeron en la oración matutina hacia el siglo I o II, antes que en la celebración de la misa, entendiéndose muchas veces como himno referido a Cristo. San Clemente a finales del siglo I menciona esta aclamación, en carta escrita a los Corintios, lo que nos hace pensar que para ese tiempo el *Sanctus* ya hacía parte de las oraciones de los creyentes en Roma. La liturgia de san Hipólito (año 215) no lo menciona dentro del rito de la misa. Oriente lo vinculará en la plegaria eucarística a mediados del siglo IV según lo narra la anáfora de Serapión, y las Constituciones apostólicas (año 380), entre otras. A Occidente llegó el año 400 y se hizo muy común en la primera mitad del siglo V.

Al comienzo el *Sanctus* era una especie de recitado que seguía la fórmula usada en el prefacio, lo cual lo hacía fácil de cantar por el pueblo. En la Edad Media se entendía el *Sanctus* como himno de alabanza al Dios Uno y Trino. A esta

²⁴ ALCALDE, *El Canto de la Misa*, 71-72.

aclamación se unió “*caeli et*” unida a “*terra*” para expresar la universalidad en la alabanza a Dios. Luego se introdujo el *Benedictus* con el *Hosanna*, según lo cuenta Cesáreo de Arlés (año 540) en uno de sus sermones, lo mismo que los manuscritos del canon romano del siglo VII, dándole al *Sanctus* el carácter mesiánico por la persona de Cristo, quien fue acogido como rey con esas palabras al entrar a la ciudad de Jerusalén. Así, el himno pasó a ser el canto por medio del cual se alababa a Dios, y al Padre por su Hijo Jesucristo quien vino en su nombre a salvarnos. A Oriente el *Benedictus* llegará hacia el siglo VIII.

Durante el siglo VI el *Sanctus* era cantado en la misa por el sacerdote y el pueblo. Sin embargo, a partir de ese siglo el *Sanctus* pasó a ser más canto del clero que del pueblo, aunque en otros lugares siguiera siendo de todos. Después el clero confirió este privilegio a la *schola cantorum* que reemplazó la melodía sencilla hasta entonces, por otras más exigentes, propias de su estilo y exigencia musical. Luego al himno se unieron los instrumentos musicales para alegrar el canto. A finales del siglo XIII, en el manual litúrgico de Durando, se menciona sólo el acompañamiento instrumental del órgano. A partir del siglo XV la polifonía es utilizada en el *Sanctus*, lo que convirtió este canto en un himno muy extenso, al punto de entonar el *Sanctus* antes de la consagración, y el *Benedictus* después de ella. Un siglo más tarde se volvía a la costumbre de cantar antes de la consagración el *Sanctus* y el *Benedictus* como aclamaciones que hacen parte de un mismo himno. Con la reforma de Pío V, mientras se recitaba el himno el sacerdote hacía una serie de inclinaciones mientras el acólito tocaba la campana tres veces. Ya en la reforma del Concilio Vaticano II, el *Sanctus* conservó su lugar entonándose después del prefacio.

Con el *Sanctus* la Iglesia terrena se une a la alabanza celestial, para proclamar a una voz que Dios es Santo. En cada eucaristía, desde la más solemne hasta la más humilde, esta aclamación hace que la Iglesia entera participe en la liturgia celeste que no cesa de gritar la santidad de Dios. Así pues, el *Sanctus* es el canto más importante de la Misa, y hace parte de la Plegaria eucarística. Se debe procurar que toda la asamblea lo cante y no unos pocos. Respetar el texto del himno, y procurar su entonación por toda la comunidad, ayudará a celebrar verdaderamente lo que el canto significa.

3. BIBLIOGRAFIA

- ALCALDE, A., *El Canto de la Misa*, Sal terrae, Santander 2002.
- ALDAZABAL, J., *La Eucaristía*, CPL, Barcelona 2006.
- [*Anámnesis 3/2: La liturgia, eucaristia: teología e storia della celebrazione*, ed. S.Marsili et alii, Marietti, Casale Monferrato 1983.]
- BASURKO, X., *Historia de la Liturgia*, Biblioteca litúrgica, Barcelona 2006.
- BAUMANN, T., *La misa romana*, El mensajero del corazón de Jesús, Bilbao 1954.
- BOROBIO, D., *La celebración en la Iglesia II. Sacramentos*, Sígueme, Salamanca³1994.
- COMISION EPISCOPAL DE LITURGIA, *Ordenación General del Misal Romano. Traducción española de la Editio Typica Tertia Missalis Romani 2002*, Coeditores litúrgicos, Barcelona 2005.
- CONCILIUM VATICANUM II, *Constitutio de Sacra Liturgia Sacrosanctum Concilium* (6 diciembre 1963), *Acta apostolicae sedis* 56 (1964) 97-134.
- [*Explicación de la santa misa*, ed. equipo de Lasalianos, Madrid 1959.]
- JUNGMANN, J.A., *Breve historia de la misa*, Phase 157, Barcelona 2006.
- JUNGMANN, J.A., *El Sacrificio de la Misa*, BAC, Madrid 1951.
- KUNZLER, M., *La liturgia de la Iglesia*, EDICEP, X, Valencia 1999.
- MARTIMORT, A.G., *La Iglesia en oración*, Herder, Barcelona 1964.
- Misal Romano*, texto unificado en lengua española del ordinario de la misa, México^{1º}1999.
- Missale Romanum*, editio typica, Roma 1962.
- RIGHETTI, M., *Historia de la Liturgia II*, BAC, Madrid 1956.